

CIENCIA Y EDUCACION

2.50



FOLLETOS

DE LA GRACIA
EN LA ESCUELA

POR

J. G. HERDER

CON UNA INTRODUCCIÓN POR

LUIS DE ZULUETA



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

EDICIONES DE LA LECTURA

J. G. HERDER

Entre los grandes escritores, maestros de la Humanidad, y que consagraron algunas de sus páginas a estudiar de una manera directa los problemas de la educación, los hay que vienen figurando tradicionalmente en nuestros Manuales de Historia de la Pedagogía y en las lecciones de los alumnos de nuestras Escuelas Normales. Otros, en cambio, no se sabe por qué, aun con iguales merecimientos, no entraron en esa áurea lista oficial de los pedagogos, y sus nombres no son repetidos, de curso en curso, en las aulas del Magisterio.

Entre estas omisiones habituales, la más grave quizá consiste en no dedicar el interés y el espacio debidos a lo que se ha llamado el Neohumanismo alemán, de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX; a los poetas y pensadores cuya vida y cuya obra enteras no son, en el fondo, otra cosa que una consciente, artística, sagrada labor de formación humana. No sólo Kant y Fichte, Goethe y Schiller, Lessing y Herder, son verdaderos educadores, sino que su común espiritualidad, el ideal

de aquel luminoso momento de la Historia, constituye un factor esencial de la cultura moderna, sin el cual quedaría incompleta siempre la preparación de un maestro de nuestro tiempo.

Algo le faltará toda su vida, si alguna vez no se sintió ciudadano de aquella pequeña Weimar de Carlos Augusto, evocando en los jardines del Ilm la sombra genial de Goethe, o viendo, entre el ramaje del humilde cenador, la pálida silueta de Schiller, encorvado sobre los libros, o escuchando bajo las naves de la vieja iglesia, ante el retablo de los Cranach, la bella oración sagrada de Herder, quien, al predicar a la Corte, mostraba al mundo la pura religiosidad de la mente y del corazón, que luego había de perpetuar, allí mismo, en tres palabras solas, epitafio de su tumba: *Licht, Liebe, Leben...* Luz, Amor, Vida...

Un sentido clásico, helénico, amor a la antigua belleza, deseo de imitar a «los inimitables griegos», unido y armonizado todo ello con el cristianismo interior y el evangélico anhelo de perfección moral, caracterizan al Neohumanismo germánico. Mas, en él, esta síntesis de helenismo y cristianismo, no queda en mera doctrina intelectual, sino que tiende a realizarse en la vida, porque la vida es considerada como una obra de arte que cada uno ejecuta en el taller de su propia conciencia.

De ahí, el profundo valor pedagógico que esos autores tienen, aun en sus obras filosóficas o literarias. Parodiando a Rousseau cuando habla de *La República*, podríamos decir, por ejemplo, que el *Wilhelm Meister* no es una novela, «como piensan quienes no juzgan los libros mas que por sus títulos, sino el más hermoso tratado de educación que se haya escrito nunca.» Y todo nuestro Herder, desde su infancia en el hogar paterno, la casa de un maestro lugareño, hasta sus últimos años en Weimar, al frente de la organización escolar del pequeño Estado, constituye el tipo de un educador, de un admirable educador, que debiera ocupar lugar preferente en la Historia de la Pedagogía.

No se diga que lo que hay de estrictamente pedagógico en aquel gran momento idealista de Alemania está ya recogido, condensado, y, por decirlo así, traducido al lenguaje profesional, en los libros de Pestalozzi. Hasta cierto punto, esto es exacto. Pero, precisamente por que lo es, Pestalozzi no puede ser comprendido en su hondo valor mas que por aquellos que se hayan familiarizado con el ambiente espiritual que lo engendró. Quien no quiera ser, moralmente, ciudadano del Weimar de Goethe —como de la Florencia de los Médici o la Atenas de Pericles...— se inclinará a no ver en Pestalozzi mas que un pobre hombre con pocas luces y mucho

corazón. Tomando como ejemplo a Herder, diríamos que la lectura de Pestalozzi no disculpa de leer a Herder, sino que, por el contrario, sin éste, será muy difícil comprender a aquél. Sólo quienes conozcan los ideales humanistas de aquella gran época de las letras germánicas verán en Pestalozzi una filosofía, una nueva sensibilidad, un concepto total de la vida, que, luego, se refleja en sus propósitos pedagógicos y en sus métodos escolares.

* * *

Juan Godofredo Herder nació en Mohrunge, población pequeña de la provincia de Königsberg, patria de Kant, el 25 de Agosto de 1744. Su padre era el sacristán y maestro elemental de la parroquia; su madre, la hija de un herrero. La humilde casa en que Herder nació, propiedad de la familia, se hallaba en las inmediaciones de la iglesia.

El cántico en el templo; los azotes en la escuela del áspero rector Grimm; las libres horas de lectura y de ensueño, escondido entre las ramas de un árbol, son los recuerdos de la niñez de Herder. Sentíase inclinado al sacerdocio. Nacido en casa del maestro de primeras letras, a la sombra de un campanario rural, Herder había

de consagrar toda su vida a la Escuela y a la Iglesia; pero viendo en ésta una escuela de la más elevada tradición moral, y en la escuela, un templo del porvenir, y en ambas, su sentido más profundo, su más amplia idealidad humana, libre de dogmáticas ataduras o de rutinas profesionales.

Tras una lucha difícil y obstinada contra la falta de medios económicos, encontramos a nuestro autor, al cumplir los diez y ocho años, matriculado en la Universidad de Königsberg, como estudiante de Teología y asistente a la cátedra de Kant. Más tarde, para poder costear sus estudios, entró, como inspector, primero, y luego como profesor, en el *Collegium Fridericianum*. Así, para el joven Juan Godofredo Herder, tenía la cultura, la adquisición del saber, todo el inapreciable valor del propio esfuerzo que aquélla suele tener para los estudiantes pobres, quienes forman su voluntad y educan su alma en las lecciones de una noble penuria.

Hacia los veinte años fué llamado a Riga, ocupando allí el cargo de colaborador de la Escuela catedralicia. La población, antigua ciudad hanseática, de vieja civilización alemana, heredera del espíritu germánico, pertenecía, no obstante, a la corona de Rusia. Herder se sintió allí, a un tiempo, y con interna lealtad, ciudadano ruso, patriota alemán, y prusiano enemigo del burocrata.

tismo militar de su tierra nativa. En una Europa donde eran posibles grandes focos de cultura en pequeñas Cortes y minúsculos Estados, y donde el nacionalismo violento del siglo posterior no se había desarrollado aún, no pocos hombres eminentes hacían compatible el amor sincero a su país de origen con la realidad de lo que Herbart había de llamar el «patriotismo europeo» y con el anhelo de una ciudadanía universal.

La amplitud del cargo de colaborador, que le permitía enseñar las materias más nuevas, liberales y desinteresadas; el ambiente fácil de la rica ciudad comercial; el florecimiento de su propia juventud, sedienta de verdad y de belleza..., todo contribuía a hacer que los años pasados en Riga fuesen, como fueron, los más felices de la existencia de Herder.

* * *

Fué al comienzo de esta venturosa etapa, al entrar en posesión de su cargo escolar, cuando Herder, mozo de veinte años, radiante de entusiasmo y esperanza, en los días de júbilo en que la población entera festejaba la fecha del advenimiento al trono de la emperatriz Catalina, se levantó en la solemnidad de una sesión académica, ante las autoridades oficiales y los profesores an-

cianos —recordando quizá al Maestro entre los doctores del templo—, para leer, emocionado, este discurso «De la gracia en la escuela...»

El muchacho que entraba en las aulas como preceptor cuando apenas había salido de ellas como alumno, nos muestra aquí la escuela, no cual la concebiría un rígido pedagogo, un viejo dómine, sino como los niños desearían que fuese y como ellos podrían amarla. Pocas páginas habrá más vivas, más saludables, más renovadoras que las de esta oración de un maestro adolescente, las cuales, para ser juveniles en todo, hasta tienen un poco del candor declamatorio y de la encantadora pedantería de la mocedad. Mas, en el fondo, hay ahí una espléndida visión de la escuela, que todavía no se ha realizado, ni siquiera comprendido, en nuestro tiempo, y que los modernos educadores debieran tener constantemente ante sus ojos para que la labor de formación humana, que ha de ser siempre espíritu, vida, emoción, creación, libertad, no degenera nunca en triste oficio ni en metódico esqueleto.

Por las ventanas de la escuela entra hoy, más o menos seca, alguna rama del árbol de la ciencia. Pero más allá, libremente, bajo el sol, el árbol de la vida florece.

«Gris es toda teoría, caro amigo,
¡verde y dorado el árbol de la vida!...»

Un poco de ciencia, ya hecha, un poco de moral tradicional, suelen llegar hasta la escuela. Lo que queda fuera es la belleza. Todo el ambiente pedagógico acostumbra a ser íntimamente antiestético. Nos cuesta concebir que el verdadero maestro se parece más a un poeta que a un archivero. Y, sin embargo, lo primero que necesita la escuela es arte, no ese arte convencional, disecado para usos pedagógicos, sino el arte sincero, todo amor y espontaneidad. Lo necesita, entre otras razones, porque el mundo del arte es más asequible al alma del niño que el mundo de la ciencia y el de la ética. La obra de la educación pide, ante todo, eso que Herder, dando a la palabra un sentido mucho más profundo del que habitualmente tiene en nuestro idioma, llama «la gracia».

* * *

Hacia los veinticinco años salió Herder de Riga, haciendo entonces su viaje por Francia, como, más tarde, había de realizar el viaje a Italia; los dos pueblos que, quizá por contraste, más íntima seducción y más fecundo influjo ejercen sobre un alma prusiana.

Comenzaba el otoño de 1770 cuando en la posada del Espíritu Santo, en la vieja ciudad de Estrasburgo, un estudiante de Derecho trabó casualmente amistad con cierto abate, mundano e ilustrado, vestido de seda, a la moda del clero francés. El estudiante se llamaba Juan Wolfgang Goethe; el abate era Herder, y aquella amistad había de influir poderosamente en ambos y en la vida moral de su patria.

Seis años después, encontramos ya a Herder establecido, por invitación de Goethe, en la ciudad de Weimar. Frisando en los treinta y tres años, padre de familia, nuestro autor, en la plenitud de su carrera, es nombrado allí pastor primario y superintendente general, cargo el más elevado que, en la esfera eclesiástica y en la escolar, existía en aquella Corte de filósofos y de artistas. Llegó entonces el genio de Herder a su completa madurez, desenvolviendo en Weimar, serenamente, admirablemente, su producción literaria y su actividad pedagógica, durante el último cuarto del siglo XVIII. Su labor de polígrafo, en la que descuellan sus *Poesías*, la *Plástica*, su libro *Del espíritu de la poesía hebreaica*, culminó en su gran obra: *Ideas sobre la filosofía de la Historia de la Humanidad*. Dirigió y reformó las escuelas; mejoró los asilos; renovó el *Gimnasio* ó establecimiento de segunda enseñanza; redactó personalmente una *Carti-*

Illa y Libro de Lectura y consiguió fundar, al cabo, en 1788, una verdadera Escuela Normal o Seminario para Maestros, en la pequeña ciudad sajona.

Los últimos años de su vida viéronse amargados por lo delicado de su salud, las dificultades materiales, lo quebradizo de su propio humor, las rencillas con los amigos y protectores y la divergencia política con la Corte; pues mientras su Soberano, el gran duque de Weimar, luchaba junto a los otros príncipes contra los ejércitos de la República francesa, Herder, hijo del pueblo, respondía con entusiasmo al ideal de la Revolución.

Sólo halló consuelo en el honrado recogimiento de su hogar y en el cariño y la abnegación constante de su esposa, la fiel Carolina. A este amor conyugal consagró sus últimos pensamientos y sus últimos versos, en *El Cid*, obra póstuma, donde se refleja también su antigua simpatía hacia España y hacia nuestros romances, que había estudiado en los viejos *Cancioneros* del siglo xvi. Murió Herder el 18 de diciembre de 1803.

LUIS DE ZULUETA.

DE LA GRACIA EN LA ESCUELA (1)

Al subir a esta tribuna, a la que me eleva un Consejo tan sabio como noble, quiero públicamente tomar posesión de mi cargo, aunque haga más de medio año que lo ejerzo, y públicamente quiero también dirigirme a vosotros, los padres de esta Escuela, para expresaros mi gratitud, atestiguaros mi adhesión y exponeros mi rendido deseo de merecer vuestra benevolencia.

Permitid, pues, que os dé las gracias por haberme honrado con esta cátedra desde la cual hablo hoy... Pero, no. No debo dar las gracias por la confianza que depositasteis en mí, cuando, siendo entonces para vosotros un desconocido, os dignasteis llamarme, haciéndome un colaborador de vuestra obra. Esperabais

(1) Este discurso fué leído, como ya en la introducción indicamos, al tomar Herder posesión de su cargo de Colaborador en la Escuela catedralicia de Riga, el día 8 de julio de 1765, víspera de la fiesta con que se celebraba la fecha del advenimiento de la emperatriz Catalina al trono de Rusia. Hemos dudado si debíamos suprimir o, siquiera, resumir las primeras págiuas, de interés más bien circunstancial; pero nos decidimos a darlas íntegramente, no sólo para que resulte completo este breve y admirable trabajo de Herder, sino también porque en esos párrafos preliminares, de académico énfasis y de un delicioso sabor de época, no faltan pensamientos y observaciones de verdadera importancia educadora.

quizá mucho de mí, dejándoos llevar, provisionalmente, de una generosa benevolencia. Mas aquello fué tan solo una esperanza. Sé muy bien, conociendo la elevación de vuestros pensamientos, que habréis de perdonar la orgullosa actitud de quien no quiere dar las gracias por la estima y la confianza que en él depositaron, quienes todavía no pudieron conocerle. De una manera tan sólo, en este caso, debo expresar mi agradecimiento: siendo lo que prometía ser y realizando lo que de mí esperabais.

Pero yo tengo otros más ciertos y mayores motivos para la gratitud. Vosotros, hasta aquí, respetables protectores, habéis prestado afectuosa atención a mis trabajos; os habéis mostrado satisfechos de mí, incitándome de esta suerte a consagrarme más enteramente a la común labor; en vosotros he hallado una honrosa sociedad, no sólo de patronos y bienhechores, sino más bien de consejeros y de amigos... Por todo esto, sí, os doy las gracias con todo el ardor de mi alma. ¡Qué sublime goce el de hallarse entre aquellos padres y directores que uno habría elegido si hubiera tenido la libertad de la elección!

Puedo, por tanto, hablar con frente altiva y libre voz en este círculo de mis Mecenas, protectores y amigos, ya que me es dado poner sus nombres, que mi corazón

venera, como comienzo y consagración de este trabajo, y me es lícito aprovechar esta ocasión —que por lo poco frecuente me parece mucho más ventajosa y seductora— de discurrir acerca de las ciencias bellas y profundas ante un auditorio que tan de veras las conoce y ama; hallándome seguro, por mi parte, de que todos me entienden, de que todos amplían y perfeccionan mis bosquejos, enmiendan mis faltas y merecen que yo, al alcanzar tal vez sus aplausos, sienta un legítimo orgullo, sólo superado ahora por el que experimento al decir la verdad.

Seguro estoy, sabios y nobles señores, de que no pretendéis de mí que declame una especie de composición académica, seca y pobremente trazada, sobre cualquier tema escolar, entrando a saco en todas las galas artificiosas de nuestros maestros de la oratoria y ofreciendo un triste esqueleto en vez de un cuerpo vivo y floreciente. En lugar de esparcir palabras puedo sembrar cosas, y puesto que conozco yo mi cargo y he pasado por la mayoría de las clases de esta Escuela, preciándome, en todo caso, de no desempeñar el profesorado como un simple oficio, ¿de qué podría hablaros mejor que de esta misma tarea, de este mismo camino que se me ha señalado y que actualmente empiezo a recorrer?

Sabido es que, en la época en que se quiso limpiar de sus viejas máculas esta nuestra Escuela catedral, modificando con paternal discreción la traza del edificio y dándole, además de solidez, belleza y exterior ornato, fué creado el cargo de colaborador. Los beneméritos padres de esta Escuela, amigos de la palingenesia, no quisieron que el entonces calígrafo, se limitase a convertirse en un auxiliar o suplente que, como ladrillo en el muro, rellenase los huecos de todas las otras clases —ya que esto fué sólo una secundaria ventaja—, sino que lo transformaron en un maestro capaz de subsanar, hasta cierto punto, las lagunas existentes en el plan de estudios y de hermanar las ciencias escolares con las cosas agradables y de utilidad para la vida en el mundo.

¡Quiero justificarme! La Historia Natural es la materia que, según nuevos y muy profundos planes educadores, más contribuye acaso al desarrollo del espíritu, y más desenvuelve la observación de las diversas realidades, excitando, por otra parte, provechosamente la atención de los niños. Esta ciencia faltaba, y su enseñanza se confió al nuevo profesor. También la Historia particular de los diferentes países, que nos da de ellos un interno bosquejo, resultando tanto más interesante, cuanto que muchas veces la Historia Universal no pasa

de ser un simple y muerto esqueleto. También el francés, las matemáticas, la composición y aquellas ciencias todas, que encarnan la gracia entre las materias escolares y que deben ser aprendidas, no ya para la Escuela sino para el mundo... En una palabra, un colaborador puede, en términos generales, ser un maestro de lo bello y de lo humano, aun a trueque de invadir hasta el campo de la ortografía. Si no quiere verse en él una columna de la Escuela, considéresele, por lo menos, como su general ornamento; el cual no dejará de ser imprescindible en tanto que la Escuela pertenezca a una ciudad donde las gentes no se satisfagan con una monástica erudición, sino que aspiren a unir con la utilidad y con la gracia las ciencias fundamentales. Y puesto que el gusto de nuestra época, al revestir lo útil con el esplendor de la comodidad y de la distinción, extiende el bienestar a las más sutiles relaciones de la vida, quiero yo ahora, por muy fundados motivos, consagrar algunas consideraciones a esclarecer *hasta qué punto deba también reinár la gracia en la Escuela.*

¿La gracia...? ¡Qué singular expresión! ¿La gracia...? Admitid, señores, este vocablo que ha conquistado ya su derecho de ciudadanía en la literatura moderna. Si decís atractivo, distinción, hermosura, agrado, encanto, amabilidad... no son todas estas cualidades más que

partes, grados y caracteres de la gracia; mas ninguna de ellas agota plenamente el concepto. Lo que los griegos, los inimitables griegos, designaron con el nombre de la celeste Afrodita; lo que Platón, maestro de la Belleza, nos pintó como el encanto de las ciencias y el incentivo de la virtud, inclinándose reverente ante esa imagen; la hermosa naturaleza, que los poetas y artistas copian, y que poseen los hombres verdaderamente sabios y buenos; el delicado atractivo que Plinio llama *venustas*, y Quintiliano, *gratia*, y que Shaftesbury atribuye a quienes alcanzaron el artístico «virtuosismo» de la sabiduría, de la moral y del buen gusto: esa excelsa diosa de la Belleza quiero mostrarla yo bajo las humanas formas de un maestro y un discípulo, franqueándole así las puertas de la escuela, lugar donde los muchachos, todos en la edad de la gracia, van a recibir su cultura. Quiero mostrar cómo es la gracia la que debe flotar serenamente sobre las enseñanzas y los métodos, sobre el carácter y costumbres del profesor, prestando a éste aquella noble gravedad y paternal afecto que, al conquistarle el corazón de sus discípulos, hace posible que en él despierte el amor vivo a las ciencias y a las virtudes... ¡A la gracia también, tal cual la bosquejo, conságrese ahora mis propias palabras, y sea esta misma oración mía una guirnalda de pensamiento y de emo-

ción, de ideas y de flores, prendida torpemente ante su altar!...

¡Nol... No es este el concepto que del maestro de escuela solemos tener; no imaginamos comúnmente que a su nacimiento asistiese, protectora, la gracia de los cielos, ni que él le ofrendase su saber en la juventud, ni que ella le acompañara después al entrar en la escuela, eligiendo para su obra divina tan polvoriento recinto.

Cierto que no es frecuente encontrar un maestro que, en su continente y en su labor, en sus palabras y en sus actos, sea la expresión animada del arte y de la simpatía. Para el vulgo, apenas el pedagogo empuña su cetro escolar, muestra la traza adusta y el gesto areopagítico del corintio Dionisio. Es ésta una opinión temeraria, y a veces, más cruel que verdadera. De ella proviene esa grotesca imagen, símbolo de la pedantería, que reaparece en tantos autores antiguos y modernos, lo mismo en el Orbilio, de Horacio, que en los personajes de Hagedorn y de Nicolás Klimm. Semejante magister extiende el círculo de sus ciencias desde el *Donato*, nuestro primer libro y primer instrumento de martirio, con el que a nosotros nos doctora y él gana su jornal...; desde ese precioso libro, hasta sus últimas y vacuas disquisiciones sobre la cosa ontológica. Si a esto se limita su saber, no es su método, para calificarlo piadosamen-

te, más que pedantería; lo que él llama buenas costumbres es disciplina de esclavos; su mayor felicidad se reduce a una seca rigidez y a un artificio envarado que viste con preceptos de urbanidad la grosería del alma.

¡Ah! Si es éste el tipo del maestro, es entonces el terror de los muchachos. Su morada, en lugar de parecerles la mansión de las diosas propicias, se les antoja la sombra del infierno. Comúnmente se les da a los niños esta idea de la escuela. La escuela es la primera cárcel con que se les amenaza: en ella aprenderán a estarse quietos, a estudiar y a practicar sabe Dios qué otros ejercicios caballerescos. Quizá porque recordamos nuestra infancia en manos de educadores tan mal educados, propendemos a imaginarnos a un niño de la escuela como el pobre muchacho consagrado a aprender los textos que luego tendrá que olvidar, disipando en su mente esa niebla erudita que ahogaría, si no, su buen humor y natural ingenio. Las nodrizas forman por primera vez nuestra cabeza; por segunda vez la forman los maestros de escuela; cuando entramos en el mundo, recibimos la tercera y más necesaria formación...

No quiero defender a los maestros de escuela, ya que yo mismo lo soy. Quiero tan sólo mostrar por qué motivos es tan raro que se hallen ungidos con el encanto de la gracia. En primer lugar, ¿quién aspira, por lo

común, a un puesto tan penoso y obscuro sino el que lucha con una situación mísera, una minerva infeliz, una suerte adversa y un desgraciado talento? Los ingenios agudos entran en el gran mundo y cantan como las aves: sólo la golondrina, privada de melodías, se acoge a las casas y aprende a edificar allí su nido.

En segundo lugar, el tono desconsiderado con que, como a un bracero, trata la sociedad al maestro de escuela, acaba por destruir aquellas delicadezas espirituales que, en la enseñanza, atraen y, en la vida libre, resplandecen. Si al hombre más selecto se le obliga a vivir cuarenta años en el destierro de Siberia, conviértesele en un ostiaco; si se le trata como a un jornalero, pierde el ánimo de trabajar con el refinamiento de un «virtuoso»; si no ve más ventaja ni recompensa que el polvo de la escuela, tiende fatalmente, para hacer soportable su destino, a encerrarse en su rincón, siendo un mísero monarca en su aula y un plebeyo ecónomo en su hogar. Su propia limitación engendra ese régimen que tiene, como centro, esta máxima deplorable: «Yo, a lo mío, y ande el mundo como quiera...» ¡Desdichadas escuelas, de tal suerte regidas!

¿Y han de ser ellas los viveros del espíritu colectivo? ¿Podrán salir de tan torpes manos frutos valiosos? ¿En ellas, capaces, como las de Epimeteo, de estragar la

Creación, depositaremos el porvenir de nuestra república? ¿Amarán al maestro los niños, cuando los padres lo desprecian, aunque lo paguen? ¿Qué principios aprenderá la infancia para la vida, allí, donde todos los principios se trastornan?... ¡Miserable Estado!

¡No, señores! Siquiera por patriotismo, he de mostraros otra muy distinta imagen: la del maestro de la gracia, aunque sólo sea una imagen ideal, que nunca en todos sus aspectos se realice... Hasta como sueño, es un sueño hermoso, lleno de enseñanzas para el maestro y para el alumno y para la opinión pública que a ambos rodea.

Sabiduría y confianza son las dos piedras preciosas que adornan la placa profesional del maestro —como el *racional* sobre el pecho de Aarón— en la que aquél lleva, a semejanza de Aarón, los nombres de sus niños sobre el corazón grabados. Mas, ¿qué significan esas dos palabras? Con el nombre de sabiduría, ¿designamos acaso un atlas de la erudición, cuyo peso nos agobie? ¡No! Una balumba de conocimientos más perjudicaría que serviría a la educación de la juventud. Sacudido por los cuatro vientos del mundo, se perdería el maestro, lejos del círculo de la adolescencia. En la hondura de sus propios planes eruditos extraviaría y confundiría a los escolares o se olvidaría de ellos, descuidando su edu-

cación. Si uncimos un águila a los andadores de un niño, o romperá sus ataduras, o se alzaré frenética, tirando del artefacto hasta las estrellas y dejando caer al desdichado infante.

No necesita el maestro extraordinaria erudición, sino talento, talento, a fin de que sepa llevar las ciencias al corazón de sus alumnos, de una manera fácil, pero profunda; como por juego, pero con toda su plenitud. Y esto es obra de la gracia, sin la cual nadie será nunca más que un maestro incompleto. Por mucho que estudie y que valga, si no tiene expresión, palabra, simpatía... ¡no será un educador de la juventud!

Observemos al maestro en su trabajo. Actúa en medio de un círculo florido de adolescentes. Es ésa la edad en que las capacidades se desenvuelven, sintiendo por primera vez la seducción de las ciencias. En la mañana de la vida, las cosas atractivas lo son doblemente, y sólo para ellas hay voluntad y sentido. Entregad la juventud a la férula de un hombre autoritario, represivo. La juventud sentirá su trato como un yugo, procurará rehuírlo y gemirá bajo su peso. El adolescente anhelaba recorrer las praderas de luz del paraíso, y un dómine rígido le conduce sobre hielo y nieve. ¡Con qué gusto soltaría su mano, buscando un guía mejor!... ¡No puede ser!... Pero decídese pronto, por ventura suya, a aprender las

odiosas lecciones, recitarlas, y derramar en seguida sobre ellas la copa del olvido.

Dígase lo que se quiera, mientras el discípulo no descubre un atractivo inmediato en la materia misma del estudio, no le interesa, ni le apetece; apréndela, sólo para haberla aprendido, mediante una tarea penosa... ¡El atractivo es el único lazo en que la juventud se deja prender! Y ¿qué otro mejor estímulo queremos? ¿Cuál otro tenemos? ¿Los instrumentos disciplinarios? ¡Oh! Estos alcanzan a castigar maldades, pero no a despertar virtudes. ¿El sentimiento del honor? Medio es éste que sólo puede emplearse con almas delicadas, sólo al principio, sólo raras veces, sin lo cual perdería muy pronto su valor y su eficacia. ¿La consideración de las ventajas y provechos futuros? Desgraciadamente, si son futuros los provechos y ventajas, el muchacho, para percibirlos, tendrá que salirse espiritualmente de su actual edad, lo que, para él, resulta desagradable y enojoso. «Todavía está distante la tormenta; no se ha producido aún el daño; está todavía lejos el tiempo de la cosecha. Puedo, en tanto, dormir...» ¡Pero ésta es una obligación de la que a Dios y a tus padres eres deudor!... ¿Deudor? ¡Qué duro vocablo! He ahí una contra voluntad a la que es forzoso doblegarse, y ante la cual, el joven, o se desligará, por su desgracia, de toda obediencia, o se inclina-

rá con sumisión hipócrita... ¡Cruel destino! No puede remediarse mas que extendiendo el atractivo de la gracia a la ciencia y a la virtud.

«Mira, joven amigo; no quiero yo hacerte enfadosos, sino agradables los días de tu mocedad. Caminaremos sobre flores; dame la mano, como a un guía para la bienandanza. Te quejas de tu edad; también yo fuí muchacho y me lamenté; pero ahora quisiera volver a tus años. Tienes en la mano la felicidad de tus padres, eres su esperanza y su temor. Puedes elegir, o bien la virtud, y serás para ellos apoyo y consuelo, hasta que te bendigan con las postreras lágrimas de la muerte; o bien el vicio, y tu madre deseará haber engendrado una piedra, mientras tu padre, de blancos cabellos, se hundirá entre suspiros... ¡Elige! En tu mano tienes también la dicha o la infelicidad de tu maestro. Cada hora que pierdes neciamente, de su vida la desgajas. Esperaba, y ha de dudar; te quiere, y ha de llorar...» ¡Ah! Semejante actitud no dejará de influír en cualquier muchacho de noble sangre, alma sensible, y no plebeya educación.

Por otra parte, es necesaria su confianza en mí, para que crea que sé lo que digo, que hablo con veracidad y que sólo quiero su bien. Esta confianza no la inspirará el maestro mas que por medio del atractivo que es propio de la verdad y de la amable virtud. Al maestro eru-

dito podrá el alumno tenerle estima, pero no por su erudición le tendrá confianza. Al maestro severo le temerá el escolar, pero le huirá. Sólo al maestro afectuoso tendrá estimación y respeto y le entregará su corazón. Debe el muchacho leer en la frente del preceptor la sencilla y elevada verdad de un padre que sólo dice lo que piensa, y ver en su corazón la cariñosa jovialidad de un amigo. Todo entonces lo habrá conquistado el maestro: su gracia ganará el ánimo de los jóvenes; cuanto él diga, les parecerá bello; seguiránle gozosos, pendientes de sus labios, por los más difíciles caminos...

¡Oh! Mi imaginación se pierde en tan delicioso lugar, donde domina gracia semejante entre maestro y discípulos... ¡Ya no es una escuela!... Es un jardín agradable que el maestro recorre con frente serena entre amigos que le confían sus almas. Vuelve el profesor a ser muchacho con ellos y les enseña las ciencias como él, de muchacho, hubiera querido que se les enseñasen. Es su condiscípulo, trabaja con ellos y los inflama con su propio amor al saber, como un carbón encendido prende en los otros. De sus labios elocuentes brotan las palabras, mientras la gracia de su expresión comunica la sabiduría.

Es entonces la escuela lo que fué entre los romanos:

ludus, juego; lo que fué entre los griegos: un *gymnasium*, un campo de ejercicios, adonde los jóvenes concurrían presurosos, lozanos como flores, despiertos como la mañana, ágiles como las gracias. Resurge la edad de oro, cual en el siglo en que Alcibíades, adolescente, que en virtudes y vicios descollaba como obra maestra de la Naturaleza, se abrazaba al cuello de Sócrates y, pendiente de sus palabras, le confiaba su corazón, amábale como a un padre y respetaba su autoridad aun en medio de los mayores arrebatos.

Mas esa edad de oro pasó y sólo revive en mi mente. Nuestros Alcibíades sufren tentaciones mucho más peligrosas que no ceden ante la mirada serena del educador. El lujo, la comodidad refinada, consecuencias inevitables del florecimiento de una ciudad, seducen a los jóvenes, apartándoles del silencioso trato con las Musas. Si ellos, como Hércules, han de elegir entre el placer ruidoso y la callada virtud, están perdidos, irremisiblemente perdidos, a menos que les tienda la mano un Mentor, en la figura del padre o del maestro. Ambos deben asociar cordialmente sus esfuerzos para salvar al muchacho de los peligros de una sensualidad deslumbradora.. Tú, padre de ese niño, en quien pones tus esperanzas, no mires en el maestro a un jornalero; utiliza su consejo; aprovecha su cooperación insustituible... Tú,

maestro, busca entre tus lecciones la que enseñe a desdeñar el lujo voluptuoso y a mantener el austero equilibrio del espíritu, procurando que una divinidad protectora ilumine las ciencias y los usos escolares...

En el reino de las ciencias existe una provincia que solemos llamar de las bellas ciencias. Mas este nombre parece una torpe reminiscencia de la confusión de lenguas en la torre de Babel. Con semejante denominación designan algunos la Historia y la Geografía; otros, la Poesía y la Oratoria; quiénes, las que los franceses llaman *belles lettres*; quiénes, la Filosofía; cada cual, en suma, su ciencia predilecta. Mírense como se quieran las cosas, no hay ciencia alguna que, por sí misma, sea especialmente bella: según se la estudie y exponga, parecerá un desierto o un Edén. Que un profesor genial cultive la Filología, la Filosofía, la Matemática. Donde contemplábamos un erial, vemos brotar las flores. Cuanto Midas tocaba se convertía en oro. Cuanto la gracia toca truécase en atractivo, encanto, interés. No de otra suerte, la Primavera creadora cambia la tierra desnuda en una florida alfombra, y el hielo de los ríos, en un fluctuante firmamento.

¿El método? El método, señores, consiste en aprisionar la atención. Quien hable con vivacidad, y no para

ancianos; quien en cada cosa muestre su aspecto más nuevo; quien asocie felizmente la multiplicidad a la unidad, y llegue en cada punto al alma entera, haciendo vibrar todas las cuerdas del interés y evitando todos los soñolientos rincones del tedio; quien no se pierda en un proceso febril, ya remontando el vuelo, ya cayendo y arrastrándose, sino que sepa abarcar el conjunto del tema con ojos serenos... ése logrará coger las flores de las semillas que sembrara.

¿Y dónde se muestra la gracia mejor que en las mismas costumbres del maestro, en las que es tan fácil distinguir la verdadera virtud de una virtud meramente política, simple carátula exterior? Cuando, en realidad, el maestro descubre en sus buenas obras el íntimo tesoro de su corazón; cuando piensa en que ha de formar almas que fueron redimidas con la sangre del Salvador; cuando cree que la propia conciencia es el mejor testigo y la mejor recompensa, y sabe que habrá de comparecer ante un Tribunal donde, pesadas todas sus acciones, se verá envuelto en los resplandores del sol o en las tinieblas nocturnas; cuando siente su alma unida a las almas de los escolares... ¡Oh!, con qué cuidadosa mirada velará por las costumbres de la niñez!

De Sócrates decía Platón que nunca obraba con tan-

tos miramientos como cuando estaba a solas con su genio familiar o con su discípulo Alcibíades. ¿Quién no imitará en esto a Sócrates, extremando el cuidado, la discreción escrupulosa, ante ese pequeño público infantil que tanto se fija y tan pronto se impresiona, y donde un acto cualquiera puede corromper el alma de un niño?... ¡En un instante tan sólo, qué siembra de zizaña!, ¡cuánta labor perdida!, ¡qué ruina en el edificio! Si el maestro se olvida de su propio decoro, entonces avergüenza, escandaliza, se rebaja y se hunde en la más grosera plebeyez. Castigo merece, ya que no sólo se ha degradado como hombre, sino como padre, como educador y como amigo... Abandonado de la gracia, es ya una furia... ¡Un momento tan sólo, y ha destruído por mucho tiempo la confianza, el respeto y el amor en la conciencia de los niños!

Una observación, todavía. La gracia en la escuela debe manifestarse también en una cierta distinción y buen tono espiritual. Noble sencillez, eso sí, que no deje nunca convertirse la escuela en una academia de baile, un gimnasio de cortesías y un tablado de histriones. Pero que tampoco los usos y maneras escolares disuenn de los que se observan en la sociedad. ¡Cuántas veces, con un instinto simiesco de imitación, copian los muchachos las faltas de educación de su maestro! Tó-

manle por modelo en su andar y en su voz, en el tono con que habla y en los ademanes con que se mueve. Lo que en otro cualquiera sería perdonable, no tiene perdón en él. También en esto, ha de ser un dechado el profesor. Recuerde estas sentencias:

«¿Quieres ser un maestro de la gracia?

Sé jovial, como la infancia; puro, como la inocencia;
amoroso, como un padre; libre, como la verdad;

fiel a tu patria.»

Con esto, termino, señores, y me dispongo a entrar en el ejercicio de mi cargo. La imagen que presenté de un maestro de la ciencia y de la virtud sírvame de modelo ideal al que tiendan mis esfuerzos y energías, mi aplicación y mi entusiasmo. Esto es lo que prometo. Y en cuanto a lo demás... la gracia me ordena que calle. Refiere Plutarco que en la república de Esparta dos arquitectos disputaban ante el pueblo; mostró el uno en su elocuente discurso un maravilloso bosquejo de las construcciones que pretendía levantar; habló después el otro modestamente, diciendo: «Todo lo que tú has sabido decir, yo lo quiero hacer». Púsose a la obra, y el pueblo aplaudió... A semejanza del segundo arquitecto, deseo yo prometer poco y hacer mucho.

Mas como la fiesta de hoy no es una vana ceremonia, sino un solemne emplazamiento, tomo a esta gran asamblea como testigo de mi compromiso. Un día vendrá en que todos nos veremos reunidos: directores y padres, maestros y alumnos. A nosotros toca apacentar esta grey. Ella dará entonces testimonio, o a nuestro favor, o en contra nuestra, ofreciéndonos la corona de laurel, o tiñendo nuestro rostro con la púrpura de la vergüenza. Hago voto ante Dios, que ve en mi corazón, ante la religión sagrada, en la que confío, ante la eternidad, que me espera, de desempeñar mi cargo poniendo el pensamiento no en los hombres, sino en el Señor.

¡Alumnos, queridos jóvenes, dadme vuestro afecto, vuestra confianza y vuestra amistad! Tenéis ya mi cariño, y yo sé que cuento con el corazón de los más, de los mejores, de los más nobles y animosos... ¡Oh! ¡Sed las celestes gracias, cual yo las he descrito; sed la alegría de vuestros padres, el contento de vuestros profesores, la esperanza del Estado! ¡Y vosotros, vosotros particularmente, los pocos escogidos, los que mostrasteis especial aplicación y entusiasmo, los que hicisteis gratas mis horas, proseguid, continuad vuestra tarea... —no os quiero nombrar, que bien os conocéis y bien os conoce la conciencia de vuestros camaradas— ... mar-

chad adelante, como las gracias que resplandecen sobre todas las demás... silenciosamente os abrazo y os estrecho contra mi corazón!

A mis colegas expreso también mi gratitud por su amistad generosa y les prometo mi consideración y acatamiento. Yo, el más joven de todos, me inspiraré en vuestros buenos ejemplos y seguiré las huellas de vuestras meritorias acciones.

Muy en especial, al nuevo rector de esta Escuela ofrendo mi respeto y obediencia, conociendo de antiguo su talento y su bondad. Ya en otra ocasión, señor, contrajisteis no escasos merecimientos, extendiendo el cultivo de las bellas ciencias, y nuestra Escuela os envió su felicitación. Fuisteis mi amigo, antes de que ambos nos encontrásemos en Riga, y yo con vuestro abrazo sellé mi adhesión cordial.

Mi gratitud ahora debe ir elevándose por jerarquías. Cúmpleme presentar el tributo de mi veneración a Su Magnificencia el nobilísimo y sapientísimo señor consejero, padre de la ciudad y de la Escuela. No es forzado mi respeto, sino que libremente se basa en sus altos merecimientos. Dichoso de mí, que tengo como autoridades académicas hombres de tal valía que me basta, de su parte, una mirada de aprobación para estimular mi conciencia y encender mi entusiasmo. Una señal

suya es, para mí, un mandato, y su aplauso, la corona olímpica a que aspiro en la carrera.

Al presidente y dignos miembros del Ministerio, con quienes tengo el honor de estar ya en relación, he de expresar también, públicamente, mi reverencia y mi agradecimiento por la confianza que hasta hoy me dispensaron. Me esforzaré en unir en mi persona al teólogo con el maestro, al cristiano con el filósofo, pidiéndoles para ello su consejo y su aquiescencia.

¡Florezca nuestra Escuela, alumnos y padres! ¡Florezca Riga, la ciudad en que el trabajo utilitario se concilia con el refinamiento espiritual; la comodidad hospitalaria, con la distinción; la disciplina, con la libertad; las creencias, con la razón; las ciencias y virtudes, con la gracial... ¡Florezca Riga, que, a la sombra de Rusia, es casi una Ginebra, y florezcan sus campiñas, su comercio, sus ciudadanos, sus padres, su reinal...

¡Sí! Quiero sellar este discurso con el nombre glorioso de nuestra Soberana, cuyo advenimiento al trono mañana celebraremos con ardiente júbilo, recordando luego, durante catorce días de fiestas, que, cual deidad tutelar, subió al solio, bendijo a Riga, consagró nuestro nuevo palacio de la Justicia e hizo revivir la alegría en todos los semblantes.

¡Oh, bienvenidas sean esas gratas jornadas! Día de

gala será mañana para todo Riga, en la que hasta los forasteros se sumarán a los cánticos y vítores... Y yo, que fuí en ella también un forastero, y soy ya un ciudadano, me atrevo a ofrecer a la Emperatriz nuestro rendido homenaje, nuestros votos y plegarias (1).

(1) Terminó Herder su peroración con la oda «A Catalina, en su advenimiento al trono».

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

- NIEREMBERG.**—EPISTOLARIO. Prólogo y notas por don Narciso Alonso Cortés. (Vol. 30 de la Bibl.)
- QUEVEDO.**—LOS SUEÑOS. Prólogo y notas por don Julio Cejador. (Vols. 31 y 34 de la Bibl.)
- MORETO.**—TEATRO. (*El lindo don Diego* y *El desdén con el desdén.*) Prólogo y notas por don Narciso Alonso Cortés. (Vol. 32 de la Bibl.) (2.^a edición.)
- ROJAS.**—TEATRO. (*Entre bobos anda el juego* y *Del Rey abajo ninguno.*) Prólogo y notas por don Federico Ruiz Morcuende. (Vol. 35 de la Bibl.)
- RUIZ DE ALARCON.**—TEATRO. (*La verdad sospechosa* y *Las paredes oyen.*) Prólogo y notas por don Alfonso Reyes. (Vol. 37 de la Bibl.)
- LUIS VELEZ DE GUEVARA.**—EL DIABLO COJUELO. Prólogo y notas por don Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (Vol. 38 de la Bibl.)
- LOPE DE VEGA.**—TEATRO. (*El remedio en la desdicha* y *El mejor alcalde el Rey.*) Prólogo y notas por don J. Gómez Ocerín y don R. M. Tenreiro. (Vol. 39 de la Bibl.)
- CAMPOAMOR.**—POESÍAS. Prólogo y notas por don Cipriano Rivas Cherif (Vol. 40 de la Bibl.)
- CASTILLO SOLORZANO.**—LA GARDUÑA DE SEVILLA Y EL ANZUELO DE LAS BOLSAS. Prólogo y notas por don Federico Ruiz Morcuende. (Vol. 42 de la Bibl.)
- ESPINEL.**—VIDA DE MARCOS DE OBREGÓN. Prólogo y notas por D. Samuel Gili y Gaya. Tomo I. (Volumen 43 de la Biblioteca.)
- BERCEO.**—MILAGROS DE NUESTRA SEÑORA. Prólogo y notas por don Antonio G. Solalinde. (Vol. 44 de la Bibl.)
- LARRA (FIGARO).**—Artículos, prólogo y notas por J. Ramón Lomba. Tomo I. (Vol. 45 de la Bibl.)
- SAAVEDRA FAJARDO.**—LA REPÚBLICA LITERARIA. Prólogo y notas por Vicente García de Diego. (Vol. 46 de la Bibl.)
- ESPRONCEDA.**—POESÍAS Y EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA. Prólogo y notas de J. Moreno Villa. Tomo I. (Vol. 47 de la Bibl.)
- PRECIOS: EN RÚSTICA, 5 pesetas; ENCUADERNADO EN TELA, 7; IDEM EN PIEL, 9.

J. J Ö R G E N S E N
 SAN FRANCISCO DE ASÍS
 BIOGRAFÍA
 TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN POR
 RAMÓN MARÍA TENREIRO
 Y REVISADA POR
 FRAY JOSÉ MARÍA DE ELIZONDO
 MENOR CAPUCHINO

PRECIO: En rústica, 6 pesetas; encuadernado en piel, 12.

La misma obra con introducción y notas de FRAY JOSÉ MARÍA ELIZONDO. (2 vols.) Volumen I, encuadernado en piel lujosa, 12 pesetas.